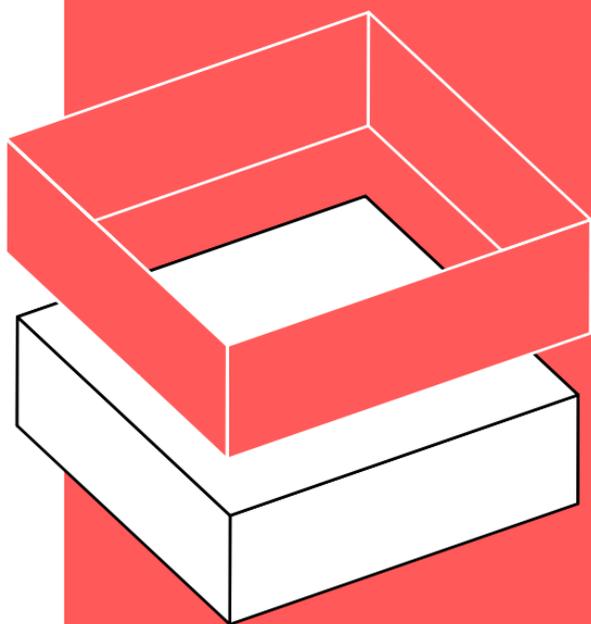


ROBERT CHAPMAN

EL IMPERIO DE LA NORMALIDAD

Neurodiversidad y capitalismo



EL IMPERIO DE LA NORMALIDAD

Neurodiversidad y capitalismo



Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Queda prohibida la reproducción total o parcial de
esta obra sin la autorización por escrito del editor.

Chapman, Robert
El imperio de la normalidad. Neurodiversidad
y capitalismo
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires
Caja Negra, 2025.
256 p.; 20 x 13 cm. (Futuros Próximos, 66)

Traducción de Nicolás Cuello
ISBN 978-987-8272-34-4

1. Salud Mental. 2. Marxismo. 3. Capitalismo.
I. Cuello, Nicolás, trad. II. Título.
CDD 301

Título original: *Empire of Normality: Neurodiversity
and Capitalism*
Publicado originalmente por Pluto Press, Londres.

© Robert Chapman, 2023
© Caja Negra Editora, 2025

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina
info@cajanegraeditora.com.ar
www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:
Diego Esteras / Ezequiel Fanego
Producción: Malena Rey / Sofía Stel
Coordinación: Candelaria Pera
Diseño de Colección: Consuelo Parga
Diseño de Tapa y Maquetación: Sabrina Simia
Corrección: Juliana Martínez Dios
y Dina Camorino Bua

mental para intentar comprender algunas de mis angustiantes experiencias. Aunque algo de todo esto haya sido útil hasta cierto punto, nada de lo que había encontrado encajaba bien con las complejas y desordenadas formas de discapacidad que habían estructurado mi vida desde el principio.

Por un lado, aunque mi diagnóstico de autismo me hubiese resultado de ayuda, también me había angustiado. La narrativa médica dominante sugería que ser autista me convertía de algún modo en una persona trágica y rota que necesitaba ser arreglada. Esta narrativa reforzaba los constantes mensajes que había recibido desde la escuela, que indicaban que había algo inherentemente malo en mí. Por otra parte, los críticos populares de los diagnósticos psiquiátricos, de la tradición antipsiquiátrica, sugerían que cosas como el autismo y la depresión eran meras “etiquetas” ilusorias, más que afecciones médicas reales. Para ellos, las personas como yo no éramos realmente discapacitadas, sino que experimentábamos problemas normales del día a día. Estas dos opciones binarias parecían ofrecer la ver-güenza de la discapacidad o la negación de la discapacidad, ninguna de las cuales era útil. Por eso me resultó tan liberador descubrir el movimiento de la neurodiversidad, que brindaba un análisis diferente. Esto fue lo que me llevó a escribir este libro.

DESCUBRIENDO LA NEURODIVERSIDAD

El movimiento de la neurodiversidad empezó a surgir en los grupos de activistas autistas durante la década del noventa, cuando yo aún era un niño que luchaba por procesar su experiencia en la escuela. En aquella época, el autismo era considerado popularmente una tragedia médica individual, incompatible con la posibilidad de vivir una vida humana digna. Se creía que la única esperanza para los autistas y

nuestras familias era que algún día nos fuésemos a curar por medio de un tratamiento conductual o una intervención biomédica.

Sin embargo, alrededor de 1993, la disponibilidad en aumento de computadoras personales e internet supuso que las personas autistas pudieran conectarse entre sí de forma online por primera vez. Este encuentro de mentes autistas trajo un intenso período de toma de conciencia que desafiaría la comprensión dominante del autismo. Ahora que por fin lograba reunirse, esta comunidad pionera del activismo autista comenzó a darse cuenta de que entre sí experimentaban problemas similares, incluidos algunos de los que acabo de señalar en mi propia vida. A su vez, comenzaron a argumentar que los problemas que habían experimentado tal vez tuviesen menos que ver con que sus cerebros estuvieran rotos y más con la incapacidad de la sociedad para adaptarse a sus diferencias neurológicas. Así empezaron a defender lo que un informe del *New York Times* del año 1997 describió como una forma de “pluralismo neurológico”. Este enfatizó la necesidad de aceptar y apoyar los comportamientos y los estilos de procesamiento de las personas atípicas, en lugar de enmarcarlos como patologías médicas que deben controlarse, tratarse y curarse.

De ahí surgió la noción de *neurodiversidad*, documentada por primera vez por una estudiante de sociología llamada Judy Singer. El punto básico era que deberíamos rechazar la idea misma de un cerebro “normal” y de la “neurotipicidad” como ideal. En su lugar, implicaba ver el funcionamiento mental más como vemos la biodiversidad. Desde este punto de vista, para que la sociedad funcione se necesita toda clase de mentes y, por lo tanto, la normalidad no debe ser asumida como algo superior a la divergencia. Más bien, hay muchos tipos de mentes. Cada una está capacitada o discapacitada en entornos diferentes, y ninguna es naturalmente superior a las demás. Los problemas sensoriales que yo misma había experimentado, por ejemplo, podrían considerarse causados

por el sesgo neurotípico desde el cual son diseñadas las escuelas, los lugares de trabajo y el espacio público. En términos más generales, desde este punto de vista, una parte importante del sufrimiento autista –como el acoso que había sufrido en la escuela– podría entenderse en buena medida en el contexto de la marginación y la discriminación social.

Para remediar esto, Singer y otros activistas reclamaron por una nueva “política de diversidad neurológica”. Para ellos, esto debía consistir en un nuevo movimiento que seguiría el modelo de los anteriores movimientos de derechos civiles cuya búsqueda había sido poner fin a la segregación y la opresión racial, de género y sexual dentro y más allá de las fronteras. Esperaban que este nuevo movimiento por la neurodiversidad complementara las luchas existentes peleando por los derechos de las personas neurológicamente raras y discapacitadas. La esperanza era poner fin a la opresión neurodivergente en todas partes rediseñando el mundo de maneras que cultivaran la prosperidad neurodivergente.

Este llamado a una política de neurodiversidad tuvo un gran impacto y muchos nuevos defensores se unieron a la causa. Sin embargo, si bien estos primeros esfuerzos se centraron en el autismo, muchos otros sujetos adoptaron rápidamente el marco teórico y los vocabularios que surgieron de los espacios autistas. En primer lugar, esto ocurrió entre distintas personas con otras discapacidades del desarrollo como el Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad (TDAH) o dispraxia. A su vez, el marco de la neurodiversidad comenzó a ser adoptado por personas con otros diagnósticos como trastorno bipolar y trastorno límite de la personalidad, así como también por quienes carecían de diagnóstico oficial.

El alcance de esta expansión es capturado por Kassiane Asasumasu a principios de la década de los dosmil en el término “neurodivergente”. Para ella, este se refiere a cualquier tipo de funcionamiento neurológico que se considere

“divergente del típico”,⁵ ya se trate de meras diferencias entendidas como discapacidades por una sociedad que no se adapta a ellas o de condiciones médicas como la epilepsia. Asasumasu escribió que el concepto era “específicamente una herramienta de inclusión”, disponible para cualquier persona neurológicamente atípica que lo encontrase útil. Si bien esta expansión generó cuestionamientos sobre el alcance y los límites del marco teórico de la neurodiversidad, fue importante porque ayudó a que más personas se reunieran bajo el lema de la neurodiversidad. Al mismo tiempo, como ha observado Steve Graby,⁶ mientras los defensores de la antipsiquiatría habían enfatizado que estas eran diferentes a las personas con discapacidades corporales –y que las personas psiquiatrizadas no estaban *realmente* discapacitadas–, la perspectiva de la neurodiversidad abrazaba la identidad discapacitada. Hacer hincapié en las similitudes entre la discapacidad mental y la corporal permitió una política más amplia e inclusiva, con los defensores de la neurodiversidad abriéndose paso por sobre la división entre personas con cuerpos medicalizados y aquellas con mentes medicalizadas.

A medida que el movimiento creció, la teoría de la neurodiversidad se desarrolló aún más para adaptarse. Lo más notable para mí es que, en 2011, un joven estudioso del autismo llamado Nick Walker propuso que la liberación neurodivergente requería no solo derechos. También necesitaba un cambio de paradigma científico y cultural masivo. Este cambio se alejaría del “paradigma patológico” dominante, que para Walker estaba definido por estándares muy restringidos de normalidad mental y por la patologización y

5. Kassiane Asasumasu, “PSA from the Actual Coiner of ‘Neurodivergent’”, 2018, disponible en sherlocksflataffect.tumblr.com.

6. Steve Graby, “Neurodiversity: Bridging the Gap Between the Disabled People’s Movement and the Mental Health System Survivors’ Movement?”, en Helen Splandles y otros (eds.), *Madness, Distress and the Politics of Disablement*, Bristol, Policy Press, 2015.

estigmatización predeterminadas de la divergencia. Walker llamó la atención sobre esto, ya que lo consideró un sustento de investigaciones y prácticas psiquiátricas y psicológicas, así como de respuestas sociales más generales a la neurodivergencia.

En su lugar, argumentó, los defensores de la neurodiversidad debían construir un “paradigma de neurodiversidad”, que abarcase y respaldase un espectro mucho más amplio de variaciones cognitivas y emocionales. Esta perspectiva ofrecía no solo esperanza a innumerables personas neurodivergentes sino también un ideal por el que trabajar colectivamente. Y este era un ideal al que, como filósofo, pronto dedicaría mis propios esfuerzos, pues sabía que cambiar el paradigma supondría más trabajo teórico de fundamentación, de la mano de cambios en las prácticas científicas, clínicas y culturales.

Mi primer contacto con esta perspectiva fue en 2012, un año después de la obra seminal de Walker. Para mí, leer a Singer, Walker y otros autores me ofreció un camino diferente tanto del marco del paradigma patológico como de los negacionistas de la antipsiquiatría. Lo que hizo fue permitirme reconocer plenamente la realidad de mis discapacidades, pero de una manera que me ayudó a desarrollar una conciencia de la naturaleza política de los tipos de dificultades que habían estructurado toda mi existencia. A través de la lente de la neurodiversidad comencé a preguntarme, por ejemplo, si desde el principio no habría sido la sociedad neuronormativa la que me había discapacitado. Llegué a comprender que esto había obstaculizado mi aprendizaje, mi desarrollo y mis perspectivas desde el comienzo de mi vida. También comencé a entender que mi trauma y mi enfermedad mental surgían no solo de la pobreza relativa y la negligencia de mis padres, sino también de un mundo estructuralmente capacitista. Para mí, como para muchos otros, esta comprensión más matizada fue liberadora y me permitió darle un nuevo sentido a mi vida.

Igual de importante es que esta perspectiva también me haya ayudado a desarrollar una mayor solidaridad con otras personas discapacitadas y con enfermedades crónicas, e incluso un sentimiento de orgullo por la discapacidad. En conjunto, todo esto me permitió combatir el aislamiento, la inercia política y la vergüenza. También me ayudó a mí, y a muchos otros, a visualizar una salida. Parecía finalmente posible para los neurodivergentes cambiar colectivamente el mundo, volverlo por fin un lugar más inclusivo para aquellas personas neurológicamente raras y discapacitadas. Esto proporcionó un tipo de esperanza que nunca antes había emergido. Así que me lancé al movimiento justo cuando comenzaba a crecer rápidamente, en una extensión y en formas que nadie en ese entonces podría haber predicho.

LOS LÍMITES DEL LIBERALISMO

A medida que el movimiento fue creciendo desde 2012, la mayor parte del activismo por la neurodiversidad continuó en un marco liberal basado en los derechos, que se centra en reformas incrementales dentro del sistema actual. Al mismo tiempo, se han realizado enormes esfuerzos colectivos orientados a superar el paradigma de la patología. A lo largo de mi propio período de participación, he aportado mucho tiempo y trabajo a este enfoque dual. Esto fue primero a través de blogs y campañas, luego a través de mi investigación doctoral y, desde entonces, abogando, enseñando e investigando en la academia. Sin embargo, a pesar de encontrar la perspectiva de la neurodiversidad tan útil, y a pesar de haber contribuido a los esfuerzos para desarrollar esta perspectiva, también comencé a encontrar insatisfactorio el enfoque dominante del análisis, el activismo y la defensa de la neurodiversidad.

Para que no quede ninguna duda, he observado personalmente cómo el enfoque liberal ha logrado avances

importantes en poco tiempo. Dada la presión continua de los activistas neurodivergentes, la investigación se ha basado cada vez más en la teoría de la neurodiversidad y así logró que las representaciones culturales de la neurodivergencia se volvieran menos estigmatizantes y que la forma en que diseñamos nuestro mundo social también haya empezado a cambiar. En Gran Bretaña, por poner solo algunos ejemplos, los supermercados y los cines suelen tener horarios aptos para las personas autistas, más aeropuertos tienen salas sensoriales para niños neurodivergentes y las aulas y los lugares de trabajo están incrementando los esfuerzos para ser más inclusivos, de acuerdo con los nuevos derechos legislados.

Y aun así, con el tiempo llegué a ver cada vez más que, a pesar de sus éxitos reales, el enfoque liberal del activismo por la neurodiversidad, basado en el reconocimiento legal, también tenía limitaciones significativas. Consideremos algunos de los siguientes hechos. Pese a nuestros esfuerzos concertados durante muchos años, la mayor parte de la investigación, las políticas y la práctica se mantuvieron basadas en el paradigma de la patología. Incluso en lo que respecta al autismo, donde el progreso ha sido más rápido, la “terapia” más utilizada seguía siendo el análisis aplicado de conducta (ABA). Este fue diseñado para implementar un sistema de castigos y recompensas con el cual intentar hacer que los niños autistas fuesen más “normales”. A pesar de innumerables críticas de los defensores de la neurodiversidad, que ven este método como abusivo y una especie de terapia de conversión, esta industria internacional multimillonaria continuó su crecimiento, haciendo solo concesiones menores a sus críticos.

Al mismo tiempo, muchos expertos en el viejo paradigma medicalizado comenzaron a denominarse expertos en “neurodiversidad” sin cambiar su enfoque significativamente. Psiquiatras, psicólogos y políticos adoptaron el vocabulario del movimiento de la neurodiversidad –aunque a menudo de forma incorrecta– realizando cambios superficiales en la

práctica, que dejaron intacta la lógica del paradigma de la patología. Los activistas de la neurodiversidad se habían referido a esta cooptación como “neurodiversidad performativa”, indicando cómo esta deja indiscutido el paradigma dominante y el orden político que lo sostiene sin cuestionar nada más allá del cambio en la presentación. Pero debido a sus posiciones existentes de poder, los representantes de la “neurodiversidad performativa” fueron quienes a menudo recibieron más atención y estuvieron posicionados como ejemplos de un nuevo enfoque sobre la neurodiversidad.

En términos más generales, independientemente de los avances en derechos y reconocimiento, el aparato de fuerzas sociales que inhabilita y discrimina a las personas neurodivergentes ha permanecido intacto. Consideremos, por dar solo algunos de los innumerables ejemplos potenciales, cómo alrededor de una cuarta parte de los reclusos en el Reino Unido todavía tenían TDAH;⁷ cómo las personas con discapacidad intelectual todavía estaban rutinariamente segregadas en la educación y en materia habitacional; o cómo las personas autistas en Dinamarca, supuestamente uno de los países más felices del mundo, todavía tenían alrededor de tres veces más probabilidades de morir a causa del suicidio que otros miembros de la población general.⁸

Nada de esto era “natural”. Más bien, me pareció, debía estar determinado por complejas y aún más profundas relaciones de poder, estructuras y normas sociales. Y así, a pesar de los avances reales en materia de derechos y políticas de representación, estaba claro que el movimiento seguía lejos de lograr su objetivo a largo plazo, es decir, liberar a las personas neurodivergentes mediante un cambio más amplio

7. Denis Campbell, “One in Four UK Prisoners Has Attention Deficit Hyperactivity Disorder, Says Report”, *The Guardian*, 18 de junio de 2022, disponible en [theguardian.com](https://www.theguardian.com).

8. Kairi Kølves y otros, “Assessment of Suicidal Behaviors Among Individuals with Autism Spectrum Disorder in Denmark”, *AMA Network Open*, vol. 4, n° 1, 2021, pp. 1-17.

de paradigma. En todo caso, si bien el reformismo liberal ayudó a algunas personas neurodivergentes, fue principalmente a aquellos que ya eran relativamente privilegiados en otros aspectos (blancos, de clase media, etc.), mientras dejaba a múltiples personas neurodivergentes marginadas atrapadas en una variedad de sistemas carcelarios, sin hogar o en otras situaciones igualmente insoportables. Para mí, todo esto planteó la cuestión de qué se necesitaría exactamente para lograr la emancipación y por qué los avances en materia de derechos y políticas de reconocimiento no habían conducido a esto. También planteó la necesidad de conocer con exactitud el origen del paradigma de la patología, por qué se había vuelto tan dominante y cómo se relacionaba con factores económicos y sistémicos más amplios con los que empecé a verlo cada vez más profundamente entrelazado.

A través de mi investigación histórica sobre los orígenes del paradigma de la patología, me convencí aun más de que el problema se encontraba en un nivel más profundo, relacionado específicamente con factores sociales, tecnológicos y económicos subyacentes. Debido a que muchos de los fracasos del activismo liberal también estaban vinculados con factores económicos más generales, comencé a recurrir a diferentes marcos teóricos para dar sentido al funcionamiento del paradigma de la patología. Esto me llevó de regreso a una tradición más antigua y más radical que enfatizaba el papel de la economía política en la dominación social: la tradición marxista, diferenciada de la posición política liberal en la que se ha asentado la mayor parte de la defensa de la neurodiversidad.

Esta tradición en sí no era nueva para mí. Especialmente teniendo en cuenta mi propia experiencia de pobreza y falta de vivienda durante mi juventud –por no mencionar el trabajo precario, mal pagado y la inseguridad habitacional, mucho mayor en la vida adulta–, hacía tiempo que encontraba esclarecedores los análisis marxistas sobre la dominación de clase. Y así como este enfoque se había desplegado, desde

la época de Marx, de varias maneras nuevas, sospeché que sería útil formular un análisis similar para la neurodiversidad. Esto ayudaría a posicionar la opresión neurodivergente dentro del sistema económico más amplio que había llegado a dominar el mundo durante los siglos anteriores y, a su vez, contribuiría a desarrollar una política neurodivergente desde la cual poder resistir esto.

Al principio tuve dificultades con este proyecto, sobre todo porque muchos compromisos fundamentales del marxismo parecían estar en desacuerdo con el enfoque liberal estándar de la neurodiversidad. Tampoco me gustaba la mayoría de los análisis marxistas sobre la salud mental, ya que se basaban más en la tradición antipsiquiátrica que yo había llegado a considerar reaccionaria y anticuada. Sin embargo, a medida que fui reconstruyendo ese análisis, inspirándome no solo en Marx sino en una serie más grande de estudiosos posteriores de la tradición marxista, llegué a ver cada vez con mayor claridad que este enfoque proporcionaba una comprensión más profunda de la discapacidad y la opresión neurodivergente de lo que hasta entonces había creído. Al final comencé a pensar en este enfoque como *marxismo neurodivergente*. Y llegué a ver esto como algo distinto, y desafiante, tanto para la neurodiversidad liberal como para el marxismo ortodoxo.

NEURODIVERSIDAD Y MARXISMO

Para aclarar qué entiendo por marxismo neurodivergente, será útil decir algunas palabras sobre la crítica de Marx a la dominación capitalista. Básicamente, esta se desarrolló a través de la teoría de Marx de lo que se ha llamado materialismo “histórico” o “dialéctico”.⁹ Esto encuadra nuestra

9. “Materialismo dialéctico” es el término preferido por los marxistas-leninistas en la Unión Soviética, mientras que los marxistas de Occidente

conciencia, pensamiento y percepción como aspectos significativamente limitados por las condiciones materiales y económicas más amplias de una época. A su vez, busca navegar las perspectivas de cambio en las contradicciones que emergen del choque entre agencia y fuerzas históricas. En palabras del propio Marx, los humanos “hacen su propia historia, pero no la hacen como les place; no lo logran bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo circunstancias directamente encontradas, dadas y transmitidas desde el pasado”.¹⁰ Fundamentalmente, fue esta forma de ver la historia la que le permitió a Marx desarrollar su análisis histórico del capitalismo.

Al vivir el siglo XIX mientras Inglaterra se industrializaba rápidamente, Marx identificó el capitalismo como un sistema en el que solo una pequeña parte de la población posee los medios de producción, mientras que la mayor parte es explotada para su productividad, al tiempo que los capitalistas extraen plusvalía de su trabajo asalariado. Mientras que antes la dominación y la desigualdad se basaban en el poder político más directo y violento de los reyes, señores, etc., en este nuevo sistema los trabajadores técnicamente libres estaban obligados principalmente por las relaciones económicas. En esto, el capitalismo estratificó nuevas clases de personas –sobre todo la burguesía, los trabajadores y el excedente de desempleados– distinguidas por relaciones materiales objetivas y posicionamientos dentro de un sistema global más amplio.

A través de su análisis histórico del capitalismo, Marx llegó a ver que este sistema aportaba tanto beneficios como problemas únicos en comparación con los sistemas económicos anteriores. Por un lado, vio que sus

prefirieron decir “materialismo histórico”. En mi caso, aquí utilizaré estos términos de manera intercambiable, sin que ello suponga una adhesión a ninguno de los dos grupos.

10. Karl Marx, *The Karl Marx Library, Volume I*, Saul K. Padover (ed.), Nueva York, McGraw Hill, 1972.

ventajas incluían ayudar a poner fin a las formas más brutales de opresión de la era feudal y, al mismo tiempo, incrementar el progreso tecnológico y ofrecer mayores niveles de productividad, que en su conjunto tenían el potencial de beneficiar enormemente a la población en general. Sin embargo, Marx también observó que el capitalismo contenía contradicciones inherentes que requerían una desigualdad profundamente arraigada y una crisis económica constante.

Quizá la contradicción más importante para nuestros propósitos se fundaba en su concepto de alienación. Para Marx, los humanos somos esencialmente animales sociales que utilizamos nuestro potencial creativo para proyectos artísticos e innovadores y nuestras “fuerzas productivas” para hacernos el mundo más habitable. Dicho de manera más concreta, si bien no existe una “naturaleza humana” fija, somos al menos relativamente únicos en la fabricación de herramientas, la construcción de casas, el cultivo, la pintura, la composición musical, etc., de maneras que pueden ayudarnos a desarrollarnos, mejorar y prosperar.¹¹ Esto era importante para Marx porque, si debemos usar nuestras fuerzas creativas y productivas no para nuestro bien individual o colectivo, sino más bien para que otros se beneficien, entonces nuestra libertad y nuestros potenciales de desarrollo se expanden y a la vez se sofocan. Si bien siempre había existido cierta alienación, Marx consideraba que este nuevo sistema conducía a una alienación mayor, dado que el capitalismo típicamente traía jornadas de trabajo más largas, mayores divisiones del trabajo y un trabajo más agotador y monótono que el de la era feudal. Esto se debía a nuestros propios potenciales creativos, a los productos de nuestro trabajo y, en última instancia, a la relación entre los unos y los otros, y así cada aspecto de

11. Karl Marx, “Trabajo enajenado”, *Manuscritos de economía y filosofía*, Madrid, Alianza, 1997.

nuestra existencia se alienaba cada vez más a medida que crecía el dominio y el poder del capitalismo.

Teniendo esto en cuenta, para Marx, si bien el capitalismo había traído una mayor capacidad productiva, incluso para la tecnología y el financiamiento médico, en un nivel más profundo era simultáneamente dañino para la salud corporal y mental. Porque bajo el capitalismo, la mayoría de la población está conformada por trabajadores que tenemos poco control sobre nuestras condiciones. En la práctica, nos vemos obligados a utilizar constantemente nuestras fuerzas productivas y a debilitar nuestros cuerpos y mentes al servicio de los capitalistas, solo para ganar lo suficiente para sobrevivir. En este contexto, una buena salud se vuelve cada vez más difícil de mantener, incluso con los muchos beneficios que trae el capitalismo.

Visto de esta manera, desde la perspectiva marxista, una contradicción clave del capitalismo es que bajo la “compulsión muda” del poder económico del capital, la riqueza es producida colectivamente por muchas personas que se ven obligadas a vender su trabajo asalariado, siendo de esta manera explotados y alienados. Sin embargo, unos pocos se apropian privadamente de esta riqueza a expensas de la mayoría. Es esta contradicción la que Marx pensaba que podría generar los conflictos que algún día acabarían con el capitalismo y que permitirían así un cambio hacia una sociedad más libre e igualitaria. Esperaba que, seguido de esto, divisiones tan profundamente arraigadas en las clases sociales quedasen relegadas a la historia.

Si bien Marx nació en 1818, hace más de dos siglos, el núcleo de este análisis no es menos relevante hoy. Porque a pesar del incremento en los estándares de vida en algunos contextos y épocas, el empeoramiento de las crisis continúa distribuyendo shocks a través de la economía global, y esas desigualdades se mantienen profundamente arraigadas. No es solo que, como lo demuestra mi propia experiencia, muchos de nosotros todavía vivamos en relativa

pobreza incluso en las naciones más ricas. También es que a nivel mundial, como deja en claro un informe reciente, desde 1995, el 1% más rico ha acumulado casi veinte veces más riqueza que el 50% más pobre.¹²

Es importante señalar aquí que el análisis de Marx se ha actualizado y ampliado desde su muerte en 1883 y que las primeras lecturas ortodoxas de sus obras han sido cuestionadas. En particular, la comprensión bastante burda y distorsionada del marxismo que se utilizó erróneamente para justificar el totalitarismo estalinista fue cuestionada fuertemente tanto por los humanistas marxistas¹³ como por los teóricos críticos de la Escuela de Frankfurt,¹⁴ quienes enfatizaron que Marx defendía una sociedad más libre en lugar de una controlada por el Estado. A su vez, los académicos de la tradición radical negra han demostrado cuán primordiales fueron el racismo y el colonialismo en el surgimiento del capitalismo como sistema global;¹⁵ los estudios feministas han examinado las formas en que el capital extrae continuamente trabajo emocional y reproductivo no remunerado de las mujeres;¹⁶ los investigadores en estudios sobre la discapacidad han examinado cómo el capitalismo nos discapacita y empeora la discriminación sobre los cuerpos que encarnan sus efectos;¹⁷ y desde entonces los académicos y activistas ambientales han enfatizado cómo el capital literalmente destruirá nuestro planeta

12. Nabil Ahmed y otros, *Inequality Kills: The Unparalleled Action Needed to Combat Unprecedented Inequality in the Wake of COVID-19*, Oxford, Oxfam, 2022.

13. Raya Dunayevskaya, "The Union of Soviet Socialist Republics Is a Capitalist Society", *The Marxist-Humanist Theory of State Capitalism: Selected Writings*, Chicago, News and Letters, 1992.

14. Herbert Marcuse, *El marxismo soviético*, Madrid, Alianza, 1969.

15. Cedric J. Robinson, *Marxismo negro. La formación de la tradición radical negra*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2021.

16. Arlie Russell Hochschild, *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*, Berkeley, University of California Press, 2012.

17. Michael Oliver, *The Politics of Disablement*, Londres, Macmillan, 1990.

y acabará con toda la vida humana si no se detiene.¹⁸ Todos estos relatos actualizan y complementan el análisis de Marx, que se había centrado principalmente en el trabajador masculino blanco en Europa.

El marxismo neurodivergente continúa esta ahora actualizada tradición marxista. Si bien mi comprensión está considerablemente basada en aspectos de esta tradición marxista más amplia y los sintetiza, voy más allá de ellos al proporcionar la primera historia y la primera teoría política de la neurodiversidad desde una perspectiva marxista. Muestro cómo el surgimiento y el funcionamiento del paradigma de la patología están íntimamente entrelazados no solo con los intereses creados por varios grupos o personas, sino, de manera vital, con la lógica subyacente del capitalismo mismo. Por lo tanto, comienzo abordando cómo nuestra comprensión científica y cultural actual de la discapacidad y la normalidad neurológicas creció de la mano de condiciones económicas, relaciones de poder y paisajes ideológicos específicos. Esto se convierte luego en una historia materialista del paradigma de la patología, que rastrea cómo sus ideas surgieron y a su vez funcionaron para naturalizar las cambiantes relaciones materiales del capitalismo a medida que este se desarrolla continuamente.

Al hacer esto, también aclaro cómo y por qué el capitalismo es tan intensamente neuronormativo y se vuelve cada vez peor con cada década que pasa. Si bien todas las sociedades y sistemas económicos tienen algún estándar de lo que se considera un funcionamiento mental aceptable o valioso, y aunque siempre existirán algunas enfermedades y discapacidades mentales, sugiero que el capitalismo está dispuesto a imponer estándares mucho más estrictos que otros modos de producción. Desde este punto de vista, la opresión neurodivergente y la incapacidad se establecen

18. Joel Kovel, *El enemigo de la naturaleza. ¿El fin del capitalismo o el fin del mundo?*, Buenos Aires, Tesis 11, 2005.

como una característica del sistema más que como un error. Y a su vez, dado que el paradigma de la patología es producto de un sistema económico más amplio, superarlo requerirá más que una revolución en la forma en que pensamos la neurodiversidad. También demandará cambiar estructuras mucho más profundas de nuestra sociedad, de maneras que usualmente permanecen sin aclararse en la teoría existente de la neurodiversidad.

Si bien un análisis materialista ayuda a explicar los aspectos restrictivos de la neuronormatividad, un estudio actualizado de la alienación nos permite simultáneamente dar sentido a las crecientes tasas de problemas de salud mental en las últimas décadas. En particular, me preocupa el aparente aumento de la depresión, la ansiedad y el trauma incluso en la población neurotípica. Si bien el tipo de alienación que Marx detalló en la Inglaterra industrial aún persiste, mi opinión es que a medida que el capitalismo se ha ido intensificando, el tipo de alienación que experimentamos ha cambiado. Más específicamente, hoy en día muchos trabajadores realizan trabajos cognitivos, que implican una mayor demanda emocional y de atención que el trabajo manual de la época de Marx, mientras que nuestros requerimientos en cuanto consumidores y ciudadanos, para tener los deseos correctos, también han sido restringidos. Todo esto, como veremos, contribuye no solo a reforzar la neuronormatividad y, por tanto, a aumentar la discapacidad, sino también a la expansión generalizada de mayores problemas de salud mental, incluso para aquellos que caen dentro de las normas neurológicas de la época.

Esto supone que, de manera creciente, las nuevas formas de dominación a menudo tienen menos que ver con la clase social –que ahora, hasta cierto punto, es más fluida que en el siglo XIX– y mucho que ver con qué lugar le toca a cada uno de nosotros en las nuevas jerarquías cognitivas del capitalismo. Por supuesto, esto no pretende minimizar la importancia actual de la dominación de clase y mucho

menos la importancia de otros enfoques interseccionales. Más bien, se trata de mostrar cómo incluso cuando las formas tradicionales de dominación disminuyen, aunque sea en pequeña medida, simplemente son reemplazadas por una mayor dominación neuronormativa. Por lo tanto, para mí, otra contradicción del capitalismo es que incluso cuando la movilidad de clase aumenta en cierto grado, surge en igual medida un tipo diferente de dominación, esta vez en relación con la neurodiversidad. Es en esta contradicción, que, considero, logra destacarse cada vez más a medida que el capitalismo se intensifica, donde veo un terreno clave de lucha, y tal vez de emancipación, en el siglo XXI.

EL IMPERIO DE LA NORMALIDAD

Este es el primer libro que ofrece una historia del capitalismo que sitúa la neurodiversidad, en lugar de la clase, en su centro. Si bien adopto un enfoque interseccional que tiene en cuenta la clase, la raza, el género, la sexualidad y la discapacidad corporal, mi enfoque en la neurodiversidad me permite rastrear el surgimiento de lo que llamo el Imperio de la Normalidad. Esto se refiere a un aparato de relaciones materiales, prácticas sociales, programas de investigación científica, mecanismos burocráticos, compulsiones económicas y procedimientos administrativos que emergen de disposiciones fundamentales del sistema capitalista, al menos una vez que este alcanza una determinada etapa de desarrollo. En conjunto, estos aportan un rango normal corporal, cognitivo y emocional mucho más restringido que los observados en cualquier sociedad anterior. Al mismo tiempo, encuadrarlo como un imperio me ayuda a enfatizar la conexión entre la opresión neurodivergente, el colonialismo y el imperialismo. Esto, a su vez, debería permitirnos examinar las perspectivas para desarrollar una política de la neurodiversidad que haga su aporte hacia la liberación colectiva.

Para mi narración alternativa, en lugar de intentar ofrecer una historia integral, me concentro en pensadores clave cuidadosamente seleccionados y ubicados en su contexto material más amplio. Mi objetivo con esto no es resucitarlos como “grandiosos” (o, justamente, como “no tan grandiosos”), sino más bien mostrar cómo la progresión del pensamiento del paradigma patológico, especialmente en momentos cruciales, ha sido significativamente determinada por factores materiales de modos que son a la vez guiados y cosificados por las relaciones de poder y jerarquía capitalistas. Esto nos permite ver cómo lo material y lo ideológico interactúan continuamente, reforzándose de manera mutua, incluso –quizás especialmente– a través del trabajo de aquellos que a menudo son posicionados como quienes contribuyen al progreso de la ciencia.

Con esto en mente, comienzo cubriendo el trabajo de los antiguos médicos hipocráticos griegos, así como otros enfoques médicos de la Antigüedad en todo el mundo. Estos tendían a ver la salud como una forma de armonía o equilibrio, ya fuese dentro del individuo o entre el individuo y el entorno. Esto terminó, como veremos, con el surgimiento del capitalismo, específicamente debido a su énfasis en la competencia y la productividad de los trabajadores. Este nuevo sistema económico llevó a que los humanos fueran reinterpretados como máquinas, cuestión que abordo a través del pensamiento del filósofo Descartes. Y a su vez condujo a que surgiera el concepto de “normalidad” y se utilizara para reimaginar la naturaleza de la salud y la capacidad. Muestro que esto comenzó a usarse para clasificar y controlar poblaciones de modos que, si bien generaron progreso científico, se volvieron cada vez más opresivos. Con el tiempo, la idea de normalidad entró tan profundamente en nuestra conciencia colectiva que empezó a parecer atemporal y objetiva, y así se oscureció su génesis material y su contingencia.

En este contexto, rastreo el paradigma propio de la patología en gran parte del trabajo de un científico extraño y

pionero llamado Francis Galton, primo segundo de Charles Darwin, conocido hoy por ser el fundador de la eugenesia y de muchas innovaciones científicas. Para nuestros propósitos, lo más significativo que Galton introdujo a finales del siglo XIX fue una forma novedosa de comparar la cognición y medir la biología, en base a un sistema de clasificación darwiniano que naturalizó las jerarquías cognitivas del capitalismo industrial, así como sus jerarquías de clase, raza y género. Para Galton, el objetivo era formalizar y ampliar la normalización y el control de las poblaciones, ahora legitimándolo como una actividad científica. Y parte del efecto que esto produjo fue una combinación conceptual cada vez más fuerte entre normalidad, productividad y salud.

Una parte clave de mi argumento es que este paradigma fue adoptado y extendido, con gran fervor, por psiquiatras influyentes como Emil Kraepelin, así como en investigaciones psicológicas, psicométricas y biomédicas. Rastreando la influencia de Galton, explico de qué manera una ideología eugenésica más amplia se volvió culturalmente hegemónica, mientras que su paradigma de investigación permitió en simultáneo que las jerarquías cognitivas del capitalismo avanzado se objetivaran a través de la guía de los supuestos, métodos y resultados de la producción de conocimiento científico. Por lo tanto, posiciono a Galton (en lugar de a Kraepelin, como es típico en la historia de la psiquiatría) como el fundador del paradigma científico actualmente dominante utilizado en la psiquiatría y en campos relacionados.

Esto arroja luz sobre cómo los sesgos ideológicos determinados por las relaciones materiales del capitalismo y la Gran Bretaña imperial, canalizados a través de Galton, han guiado desde entonces la producción de conocimiento científico, la comprensión pública, las políticas y la práctica clínica relacionadas con la neurodiversidad hasta el día de hoy. Un hecho que ha sido así incluso cuando el antiguo orden imperial se desmoronaba en otros aspectos importantes. Es este

nuevo aparato de imposiciones científicas, administrativas, culturales y legales lo que constituye el Imperio de la Normalidad. Mucho después del desmoronamiento del Imperio Británico, muestro que un número significativo de sus jerarquías y relaciones de poder se ha mantenido, reproducido y expandido a través de este aparato, que no solo sobrevivió, sino que se volvió cada vez más hegemónico a medida que el capitalismo ha continuado intensificándose. Así, para mí, el problema clave no es solo el paradigma de la patología, sino cómo este se refuerza en relación con las lógicas capitalistas, truncando la posibilidad de que la liberación neurodivergente suceda sin un cambio sistémico profundo.

Mi objetivo no es desarrollar un conjunto de propuestas políticas o una estrategia política. Es más bien ayudar a esclarecer un problema subyacente que considero más profundo, antiguo e insidioso que el paradigma de la patología. Aclarar este problema es solo el primer paso hacia lo que necesitará ser un esfuerzo colectivo mucho más prolongado para combatir el Imperio de la Normalidad, es decir, el aparato que se encuentra detrás y que necesita el paradigma de la patología. Solo entendiendo cómo se relaciona el paradigma con este aparato más amplio y a su vez con las disposiciones fundamentales del modo de producción capitalista, seremos capaces de comprender claramente lo que requeriría la liberación neurodivergente.

Vale la pena enfatizar que también escribo con cierta urgencia por el momento político actual. En los últimos años, a medida que el reconocimiento y la influencia del activismo neurodivergente han ido aumentando con rapidez, no solo los vocabularios, conceptos y sugerencias de los defensores de la neurodiversidad comenzaron a ser cooptados por médicos y políticos para mantener el statu quo. También una nueva serie de innumerables consultores en diversidad e inclusión cobran sumas de dinero cada vez más grandes por hablar con empresas que luego ven a las personas neurodivergentes como nuevos recursos a

explotar para aumentar su productividad. Observamos el surgimiento de lo que yo llamo neuro-Thatcherismo, la forma en la que el capitalismo subvierte hasta los intentos de resistir sus efectos dañinos, convirtiéndolos en nuevas oportunidades para la maximización de sus ganancias y productividad. En esto, el potencial liberador de este nuevo movimiento está siendo sofocado justo cuando el movimiento parece estar ganando poder.

Al mismo tiempo, el movimiento antipsiquiátrico, que decreció hacia finales del siglo XX, ahora está ganando popularidad nuevamente. En contraste con mi análisis, esta tradición considera que el problema central es la psiquiatría misma y la creencia en el concepto de "enfermedad mental". Aunque no todos los antipsiquiatría hayan adoptado esta posición, este enfoque, que surge del trabajo del libertario de derecha Thomas Szasz, ha sido tal vez el más influyente a la hora de ofrecer una historia alternativa a la psiquiatría convencional.

Es importante destacar que, si bien mi análisis puede tener cierta superposición superficial con el de Szasz, me resisto por completo a la idea de que esto signifique que las diversas cosas que actualmente llamamos autismo, TDAH, etc., no sean discapacidades "reales". También me resisto enérgicamente a la afirmación szasziana de que la enfermedad mental es un "mito". Si bien critico los fundamentos y efectos del paradigma psiquiátrico dominante, mi crítica apunta a cómo el concepto de salud se ha fusionado con los de normalidad y productividad, y cómo la discapacidad y la enfermedad en realidad han aumentado, bajo las relaciones materiales del capitalismo. No es un rechazo al reconocimiento de la enfermedad o discapacidad mental como tal. De hecho, como veremos, sostengo que la antipsiquiatría es parte del problema, no la solución. Porque a pesar de parecer diferente en la superficie, en efecto refuerza, en lugar de desafiar, la lógica del paradigma de la patología y el aparato más amplio de la normalidad.

En contraste, rastreando el surgimiento del movimiento por la neurodiversidad, sintetizo el trabajo de teóricos fundamentales de la neurodiversidad como Judy Singer y Nick Walker desde mi enfoque marxista. Esto es importante porque me permite aclarar contradicciones del capitalismo aún no identificadas que muestran la inutilidad del neuro-Thatcherismo. El más importante de ellos se refiere a una tendencia hacia un doble vínculo neuronormativo que nos atrapa cada vez más, independientemente de cuán cerca o lejos estemos del ideal neurotípico. Aquellos aspectos de la diversidad neurocognitiva que nuestra especie actualmente no considera útiles están desactivados, devaluados y discriminados; mientras que aquellos a los que se les puede sacar un rédito son explotados despiadadamente y, por tanto, enferman. De cualquier manera, sostengo, todas las mentes y los seres humanos están distanciados unos de otros a través de las jerarquías psíquicas que esto produce. Así llegamos a una situación en la que todos enfermamos o quedamos discapacitados, o al menos en la que el bienestar es difícil de alcanzar para la mayoría de nosotros. Desde este punto de vista, entonces, no es el neurotípico quien oprime al neurodivergente, sino la dominación capitalista que, en cierto sentido, crea y daña tanto a los neurotípicos como a los neurodivergentes, aunque de maneras ligeramente diferentes dependiendo de la proximidad de cada individuo a la norma.

De hecho, como ya he mencionado, parte de lo que intento mostrar es que si bien las sociedades capitalistas han permitido cierto grado de movilidad en cuanto a la clase social, esto solo ha significado que la dominación se desplazara más hacia la neurodivergencia, en lugar de disminuir en general. Sostengo que esto socava la última promesa del capitalismo: la de una meritocracia en la que los individuos libres sean valorados no por su estatus heredado, sino por sus virtudes y lo duro que trabajan.

No es solo que esto sea falso a nivel nacional, donde la clase social aún limita significativamente los resultados

económicos individuales, o a nivel mundial, ya que la riqueza del Norte Global depende precisamente de la pobreza relativa del Sur Global. También sostengo que incluso cuando el capitalismo trae avances limitados que permiten una mayor movilidad de clase, simplemente cambiamos formas más tradicionales de dominación por una dominación neuronormativa en relación con las necesidades cognitivas cada vez más intensas del capital. Por lo tanto, parece haber solo una posibilidad muy limitada de liberación bajo el capitalismo y solo una oferta de diferentes formas de dominación y alienación de acuerdo con nuestra posición. Es esto, sostengo, lo que fundamenta la necesidad de una política de neurodiversidad más radical, dirigida contra el propio Imperio de la Normalidad.